

Compre usted mañana
el número 32 de la popular
publicación semanal de
BIOGRAFIAS DE ARTIS-
TAS DE LA PANTALLA

LA NOVELA INTIMA
CINEMATOGRAFICA

Contiene la biografía de
el célebre artista

RÉGINALD DENNY

Numerosos datos y fotografías
Regalo de una lujosa postal

— Precio popular: 35 céntimos —
De venta en todas partes

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 201

25 cts.



EL HOMBRE
QUE VIÓ EL FUTURO

por
THOMAS MEIGHAN

FIL LEATRICE
de Catalunya

GREEN, Alfred E.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 201

The Man who saw Tomorrow
EL HOMBRE QUE VIÓ EL FUTURO 1922

Sugestiva novela, de original asunto,
interpretada bajo el siguiente reparto;

Burke Hammond	THOMAS. MEIGHAN
Dueño Hotel	KALLA PASHA
Capitán Pring	THEODORE ROBERTS
Jim Mc. Leod.	ALBERT ROSCOE
Rita	LEATRICE JOY
Sir Guillermo Cosgrave	ALEC B. FRANCIS
Lady Elena	JUNE ELDVIDGE
Godofredo Camden	LAWRENCE WHEAT
Profesor Fernaro.	JOHN MILTERN
Vonia Demetrieff	EVA NOVAK

Paramount Pictures Corporation

Exclusiva de

SELECCINE S. A.

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
HELEN JEROME EDDY



EL HOMBRE QUE VIÓ EL FUTURO

ARGUMENTO DE LA PELICULA

Durante muchos años, Burke Hammond, agente consular británico, había soñado con la apacible calma de una isla solitaria, lejos del mundanal ruido. Vió realizado su sueño por un breve espacio de tiempo en una de las escalas de su viaje de la India a Nueva York. Deseaba pasar unos días en aquel rincón casi abandonado para proseguir más tarde su travesía hacia la metrópoli.

El dueño del hotel de la isla, fiaba y confiaba en sus parroquianos... una semana. Burke esperaba recibir, de un momento a otro, fondos de su gobierno para pagar la pensión. Pero el hotelero era hombre poco considerado. Y preguntó a uno de los mozos:

—¿Pagó Mr. Hammond la cuenta del hotel, esta mañana?

—No, señor.

—Bien... pues haga el favor de coger sus maletas y echarlas a la calle.

Pocos momentos después, el equipaje del súbdito británico era puesto en mitad de la vía pública. Burke, que rondaba por los alrededores del hotel, se acercó a pedir explicaciones:

—Pero... ¿qué significa esto, señor?

—Me debe una semana de hotel... Vaya usted a dormir debajo de una palmera.

—Usted no perderá nada. Espero recibir dinero mañana o pasado...

—Nada... nada... mi hotel no es ningún asilo de huérfanos. ¿Me entiende?

—Tenga un poco de paciencia...

—Esto está reñido con mis intereses... Y por cierto que vuelvo a quedarme el equipaje... Me lo guardaré en garantía de lo que me debe...

—Supongo no querrá usted dejarme en la calle...

—¡Pues no!... ¡Voy a mantenerle!... Búsquese otra pensión, amigo... La mía es más cara...

El hotelero, con las maletas de su cliente, entró en la pensión. Y Burke, disgustado por no haber recibido el dinero que esperaba, se vió obligado a vagar sin rumbo fijo por la poco poblada isla de Makalita... ¡Y era necesario comer!... Después de unas horas de camino, sintió un hambre feroz, devoradora. ¡Maldito fondista sin entrañas! ¡Con lo agradables que eran sus guisos!

Anda que te anda, sintiéndose cada vez más débil y cansado, vió, cerca de la playa, a unos felices mortales que gozaban del placer de una excelente comida. ¡Todavía había seres afortunados en el mundo! Eran, éstos, el capitán Morgan Pring, un mercader inglés, que solía hacer escala en la isla, su hija Rita, y Jim Mc Leon, el piloto, siempre más atento a la hija del capitán que a la aguja de marear.

Acercóse sonriente nuestro hombre y dió una mirada de pasión a los sabrosos platos cuyo olor le producía un desfallecimiento de felicidad. El capitán, calándose el monóculo que no dejaba en

ninguna ocasión de su vida, le preguntó con extrañeza:

—¿Se puede saber quién es usted y lo que desea?

—Soy Burke Hammond... y, si quiere que le sea franco, me estoy muriendo de hambre—dijo acompañando sus palabras con un bostezo significativo.

Y explicó su historia, su momentánea falta de dinero y el egoísmo del fondista. Rita, una belleza encantadora, pareció sentir profunda y repentina simpatía por el joven. También al Capitán le conmovieron las desdichas del muchacho.

—Síntese usted y nos acompañará a la mesa... Yo soy Pring... marino y comerciante en goma y ron... Esta es mi hija Rita... Y ese, mi segundo, Jim...

—¡Oh! gracias... gracias, capitán...

Y como tenía un hambre canina, en poco tiempo devoró una espléndida ración.

Jim miraba con malos ojos al forastero. Burke apenas hablaba, quería acallar el grito devorador de su estómago. Rita, al ver al ajen e descubierto, dióse cuenta de que su padre y Jim llevaban puesto el sombrero y disimuladamente les obligó a que se lo quitasen. ¡Con un huésped tan fino como aquél, era necesario tener corrección!

Quando terminó la comida, Burke, con la alegría que produce una buena digestión, aromada por un vinillo delicioso, mostróse locuaz y chispeante, y fué a dar con Rita un paseo por las cercanías. La simpatía que le mostraba la muchacha era tan grande, que el joven sentíase feliz.

—¿Le veremos mucho por aquí, Burke?—dijo Rita, esperanzada.

Una repentina tristeza se apoderó del ánimo de Hammond.

—¡Ay! Desdichadamente tendré que marcharme pronto. Necesito ir a los Estados Unidos... y no podré volver.

También ella se sumió en la melancolía de la próxima ausencia, pero aquella tarde la pasaron en agradable charla, mientras el capitán y su segundo, con los marineros, cargaban el buque para un



Rita pareció sentir profunda y repentina simpatía por el joven.

viaje de ocho días.

Cerca de un árbol, Burke, acariciando el collar que pendía del cuello de la hermosa, le dijo:

—Rita, es usted encantadora... Bendita la hora en que el fondista no quiso darme de comer.

—Adulador...

—No, no, empieza usted a gustarme demasiado, Rita...

Jim Mc Leon seguía desde lejos ese diálogo que hacía reír a la muchacha. El piloto estaba enamorado de la hija del patrón. La compañía con ella en el mar, los largos y aburridos días de navegación, habían abierto en su alma una llaga de amor



—Necesito ir a los Estados Unidos y no podré volver.

por esa criatura femenina. Y ahora, la presencia de aquel intruso, de aquel forastero, le producía odio.

—Me parece que ya va siendo hora de que ese intruso se marche—dijo al capitán Pring.

—¡Cállate!... No se le presenta muy a menudo a

mi hija la oportunidad de hablar con un caballero.

—¡Ah! ¿Usted también está por él?... Pues ahora verá...

Y dirigiéndose al sitio donde platicaban los jóvenes, dijo con aire amenazador a Burke:

—Ya hace demasiado tiempo que “fondeó” usted por aquí... ¿Cuándo piensa “levar anclas”?



—Rita, es usted encantadora. Bendita la hora en que el fondista no quiso darme de comer.

Hammond quedó paralizado por la sorpresa. El ademán de aquel hombre le molestó. ¿Venía en son de guerra?

—No sé—contestó tranquilamente—; me parece que me quedaré aquí una temporada.

—¡Es que yo no lo consentiré!

—¿Y con qué derecho?... Me iré de aquí cuando me lo mande la señorita Rita.

—¿Por qué se mete usted en lo que no le importa, Jim?—dijo la muchacha.

—Porque puedo... Porque no debes olvidar que tienes que ser mi novia...

—¡Su novia yo! ¡Ja ja! ¿De dónde ha sacado usted eso?

Burke reía. ¡Al parecer se trataba de una escena de celos!... Jim, viéndose en ridículo, asió una navaja, pretendiendo lanzarse contra el agente, pero éste, rápido y decidido, de un formidable puñetazo le obligó a besar la tierra. El piloto levantóse para repeler la agresión, pero otro golpe certero le tumbó por segunda vez.

Refunfuñando, con vagos propósitos de venganza, se alejó. El viejo Capitán, que había presenciado el estupendo golpe, felicitó a Burke y le propuso:

—Me conviene un hombre de puños como usted. ¿Quiere quedarse conmigo?

El primer impulso de Burke fué el de negarse, pero los ojos de Rita le miraron con tal dulzura, que contestó:

—Tengo que estar en Nueva York el mes que viene, pero mientras tanto, puedo ponerme a sus órdenes.

—Pues venga esa mano, amigo...

Y sintió Burke que le acariciaban con su sereno mirar, los divinos ojos de Rita.



Durante los días de navegación por aquellas tropicales islas, Burke sintióse hechizado por el encanto de la hija del Capitán. Le gustaba infinita-

mente esta criatura, y sentíase enamorado como un adolescente.

Transcurría la navegación de un modo perfecto y delicioso. El Capitán, conocedor de la simpatía que unía a los dos jóvenes, sonreía con cierto aire de complicidad. Rita sentía por Burke la gran crisis de su alma.



El Capitán, conocedor de la simpatía que unía a los dos jóvenes...

Jim aparecía taciturno, melancólico, lo que observado por Pring y temiendo algo malo de aquel hombre, fué causa de que ordenara a Botsu, un negro de toda su confianza, que le vigilara constantemente.

Los dos enamorados departían felices, Burke con

su galantería de hombre de mundo, y ella, ingenua flor marina, con el entusiasmo que le producía aquel joven de una sociedad superior.

—¡Qué bonita está usted hoy!—le dijo al verla con una guirnalda de flores en la cabeza—. Déme usted una flor...

—Es la "tiara"... La flor de amor—contestó Rita.



—*Qué bonita está usted hoy... Déme usted una flor.*

Burke colocóse un ramito en la oreja derecha. La joven le explicó:

—Si se pone usted la flor en la oreja derecha, significa que me ama...

Burke, riendo, la cambió de sitio...

—¿Ve?... ahora, sobre la oreja izquierda... signifi

ca que me aborrece...—continuó Rita mirándole amorosamente.

—¡Diablo!...—respondió el agente, cambiándola de nuevo con presteza—. ¡Y yo que la quiero a usted tanto!

—¡Cómo me engaña usted!

—¡Engañarla!... ¿Es que si no fuera por usted, estaría yo en el barco?

Luego, fueron al timón. Burke tenía conocimientos de náutica. Dirigió el rumbo acompañado por Rita. Era feliz, sin pensar en otra cosa que en la agradable compañía de la linda marinera...

Una tarde en que el barco de Pring esperaba carga de una de las islas vieron que estaba detenido cerca de ellos un hermoso yate. Llegaba hasta allí el eco de la música que tocaban sobre cubierta. Un repentino deseo se apoderó de Burke.

—Vamos hasta allí en la lancha a escuchar la música...

—El corazón me dice que si vamos allí va a pasar algo malo—respondió Rita—. No sé por qué será... Tal vez porque ellos son gente como usted...

—Ande, por Dios... no sea miedosa...

Y en una de las barquitas de salvamento se acercaron al yate. Jim vióles marchar. ¿Adónde irían?

Cuando los dos jóvenes llegaron al costado del yate, Burke dijo a Rita:

—¿No quiere subir conmigo a bordo?... Tal vez encuentre a algún conocido...

—No... no... y usted tampoco debe subir...

—Espéreme, que vuelvo en seguida...

Y deseoso de ver el baile, se encaramó por la escalerilla, subiendo a bordo. Desde allí contempló varias parejas que se deslizaban sobre cubierta a los acordes de una encantadora música.

El propietario del yate "Emperatriz" era sir Guillermo Cosgrave, eminente estadista inglés. Viajaba acompañado de lady Elena Wolesley, su sobrina, que gustaba de tratar con las altas personalidades de la política y llevaba siempre a varios amigos, entre ellos, Godofredo Camden, a quien ella calificó de hombre afortunado en amores, pero fracasado en la política.

Iba tranquilamente Burke por el yate, que le recordaba otros en que él había viajado, cuando un formidable golpe dado por un marinero que le había visto saltar a bordo, le dejó desvanecido. Lady Elena y Godofredo, que habían presenciado la agresión, se acercaron a enterarse de lo ocurrido. Godofredo, al ver a Burke, lanzó un grito de sorpresa.

—¡Pero si éste es Burke Hammond, mi compañero de clase de Oxford!

—Tiene una herida profunda. Hay que cuidarle...

Le llevaron a la cámara, y la inesperada presencia del joven que resultaba ser un buen amigo de Camden, fué la nota sensacional de la travesía.

Privado de conocimiento, Burke no pudo evitar que el yate reanudara su marcha, interrumpida una hora para gozar de la belleza de las costas. Rita, que había permanecido en la lancha esperando el regreso del amado, quedó extrañada al ver partir al buque. En vano quiso seguirle con el fuerte impulso de sus remos. ¡Imposible! El hermoso yate corría velozmente partiendo majestuosamente las olas. ¡La abandonaba! ¡Embustero! ¡Y Rita que había creído en él!

Con lágrimas en los ojos regresó al barco de su padre.

—Se ha marchado... Me deja... No volverá...

A Jim le vino de perlas esa huida de su rival.

—¿De modo que te dejó plantada?... ¡Me alegro! Así, tal vez, le harás caso a un hombre decente como yo.

—A usted nunca... nunca...

—Ya veremos...

Al siguiente día, los efectos de la herida de Burke no habían desaparecido del todo. El joven recobró el conocimiento y contó la causa de encontrarse allí. Y habló de la obligación en que estaba de desembarcar en el primer puerto y regresar a Makalita a despedirse de... sus amigos. ¡Oh! ¿qué habría pensado Rita?

Pero lady Elena, mujer guapa y deliciosa, le dijo:

—Usted ha de ir a Nueva York... ¿Por qué no nos acompaña?... Despídase de sus amigos por carta... Puede echarla al correo en Papeete.

Burke pensó en el amor que perdía, pero también en su carrera. La orden del Gobierno le obligaba a estar cuanto antes en Nueva York. Al cabo de un buen rato, contestó:

—Me parece que me decido a ir con ustedes. No quiero perder la ocasión de estar en Nueva York...

Y ya sin pensarlo más, aturdido en aquel ambiente de lujo, sintiéndose agasajado por una mujer de tan ricas prendas como lady Elena, escribió a Rita, explicando su conducta.

Y unos días más tarde, cuando el único correo de la semana llegó a Makalita, la hija de Tiring recibió esta carta de Burke:

Fué un accidente infortunado el que tuvo la culpa de mi partida. No recobré el conocimiento hasta el día siguiente. Tengo que estar en Nueva York el mes que viene y lady Elena me ha prometido que

me llevará allá, a tiempo. Perdoneme de corazón...

La muchacha lloró viendo perdida la última ilusión de su alma. Pero el viejo Capitán, ante el dolor de su hija, tomó una resolución inmediata:

—Hace mucho tiempo que te estoy prometiendo un viaje a América, y ¡vive Dios! vamos a salir hoy para allá, antes de que esa Elena te robe a Burke.

Unas horas después, emprendían el camino hacia la conquista del amor.

* * *

Ya en Nueva York, Burke agasajó a sus compañeros del yate de sir Guillermo. Lady Elena mostraba por él una predilección especial. Godofredo, que en otro tiempo soñó con alcanzar el amor de la hermosa, se veía vencido por la presencia de Hammond.

Una noche celebrábase en casa de Burke una elegante reunión. Godofredo, viendo las exquisitas atenciones que lady Elena prodigaba al agente británico, dijo a éste en un momento en que formaron grupo aparte:

—Amigo, me parece que usted me va a ganar la partida...

—No hay duda de que ella es una mujer adorable, Godofredo, pero no estoy muy seguro de si la amo...

Lady Elena, entretanto, decía a sir Guillermo:

—Tío, Burke es un hombre que promete... y me parece que sería un excelente partido para mí...

—La idea me parece espléndida; pero... ¿se te ha declarado ya?

—Todavía no... pero lo hará—dijo Elena, segura de los efectos magnéticos de su belleza.

Asistía a la reunión el profesor Fernaro, recién llegado de la India, en donde se dedicó a estudios psíquicos, convirtiéndose en un maníático que creía poseer el don de la adivinación.

La fiesta transcurría alegremente. Era a media noche, cuando se recibió un parte oficial para sir Guillermo.

—Un cablegrama del Ministro de la Gobernación—dijo el político—. Tenemos que regresar a Inglaterra mañana por la tarde.

Lady Elena palideció... También Burke, ante la súbita partida de la inglesa, quedó sorprendido.

—¿No sería posible—preguntó—que lady Elena se quedase en Nueva York unas cuantas semanas más?

—De ninguna manera... mañana marcharemos...

Burke estaba disgustado. El recuerdo de Rita no se había alejado de su imaginación, pero también lady Elena le gustaba... ¿Qué hacer?

Paseó preocupado por los salones, mientras sir Guillermo murmuraba sonriente a su sobrina:

—Tendrás que darte prisa si quieres comprar lo que quieres comprar en Nueva York.

—Descuida, tío—contestó, sonriendo también.

Cuando marcharon los últimos invitados, quedó Burke con el profesor Fernaro, que al verle pálido y preocupado se interesó por él.

—Se trata de una mujer... mejor dicho, de dos mujeres...

—¡Ah!

—Me encuentro ante un dilema... ¡No sé qué hacer! Voy a explicarle...

Y le habló de la pasión que le había inspirado

Rita y del amor que sentía ahora hacia lady Elena. ¿Cómo salir del atolladero?

—Pase a verme por mi casa, mañana por la mañana... Tal vez lograré hacerle ver a usted el futuro—dijo gravemente el profesor.

—No faltaré... aunque no crea en sus adivinaciones.

—¿Quién sabe!

A la otra mañana, Godofredo y lady Elena encamináronse a la casa de Burke. Aquel, mirando fijamente a la hermosa mujer, le dijo:

—¿Puedo tener alguna esperanza, Elena?

—Godofredo, nunca me ha sido usted indiferente... Hace un mes, tal vez le hubiera contestado afirmativamente... Hoy no es posible...

Iban a entrar en casa de Burke, cuando éste apareció ante la puerta.

—Vengo por usted, Burke—dijo Elena con una sonrisa mimosas—. Quiero que me acompañe a hacer compras.

—Siento mucho no poder acompañarla, lady Elena... Tengo una cita importante con mi antiguo amigo el profesor Fernaro...

—Le acompañaré hasta allí y le aguardaré en el *auto*... Hoy no quiero apartarme un solo minuto de su lado...

Se despidieron de Godofredo, que miraba tristemente el triunfo de su rival, y el coche emprendió rápida marcha. Quedó aquél un momento pensativo cuando vió que se le acercaban un hombre y una mujer, de aspecto extranjero.

—¿Es aquí la casa del señor Hammond?—preguntó el desconocido—. Yo soy el capitán Pring y ésta es mi hija, que viene a casarse con el señor Burke. Acabamos de llegar a Nueva York.

Una gran sorpresa se reflejó en el rostro de Godofredo, que creyendo que aquella noticia acaso pudiera resultar favorable a sus intereses, les dió la dirección del profesor Fernaro, donde encontrarían a Burke.

Pring y su hija llegaron a casa del profesor, pero un criado les rogó que aguardasen un rato en la antesala, porque el señor Hammond estaba ocupadísimo con el señor Fernaro.

Y mientras el marino y Rita aguardaban en el saloncito, Burke, que había dejado a lady Elena en el automóvil, disponíase a escuchar la relación de su porvenir.

—Voy a decirle a usted—dijo Fernaro después de consultar varios libros—, lo que el Destino le reserva casándose con cada una de las dos mujeres... Baje la cabeza, cierre los ojos, y yo le diré lo que le sucede si se casa con lady Elena...

Burke hizo lo que le ordenaban, y el profesor comenzó con éxtasis de iluminado, su narración... Y como nadie había de desmentirle, he aquí el "disco" que colocó a Burke el famoso Fernaro:

En Wolesley-Park, la histórica mansión de lady Elena, la vida conyugal de Burke deslizábase en una monótona continuación de recepciones sociales y políticas. Sir Guillermo Cosgrave era a la sazón Primer Ministro de Inglaterra. Lady Elena, mujer ambiciosa, y que deseaba el encumbramiento de su marido, porque así veía satisfecha su vanidad, aconsejaba con frecuencia a su esposo que cultivara con más empeño la amistad del Presidente.

Aquella tarde, Burke, accediendo a los deseos de su esposa, hablaba de su porvenir político con sir Guillermo.

Entre los invitados a la fiesta, se encontraba a menudo Vonja Demetrieff, una rusa misteriosa que al pasar ante Burke le dió tan insinuante mirada que éste, dejando a su tío, fué a galantearla por unos momentos. Burke vivía separado espiritualmente de su mujer y no vacilaba en cultivar leves *flirts* que llenaran su existencia de hombre aburrido.

Godofredo seguía aún mirando a Elena tiernamente, recordando su pasado amor. Elena vivía únicamente entregada a la ambición. Al ver de nuevo solo a su tío, se le acercó y, con palabra amable, le dijo:

—Tío Guillermo... tú ya conoces mis aspiraciones... ¿No te sería fácil hacer que Burke ascendiese más rápidamente, en el cuerpo diplomático?

—He recomendado ya a Burke y espero que le darán pronto una subsecretaría...

—Pon toda tu influencia, tío...

Se despidió contenta, alegre. Al pasar por uno de los jardinillos vió a Godofredo, al que explicó sus ambiciones. Pero ¡ay!, aquella mujer no tenía corazón. ¡Toda ella era egoísmo!

Gracias a la influencia de lady Elena, Burke, pocos días después, era nombrado Secretario de Gobernación.

Como lady Elena apenas paraba en casa, Burke se veía obligado a recibir a casi todas las visitas que a ella llegaban. Una de las más asiduas era la de Vonja, mujer que se había enamorado de Burke y de su posición social.

La rusa ponía en juego todas las felinas afia-gazas del sexo para lograr que Burke se rindiera ante su belleza. Al nuevo Secretario no le disgustaba del todo esa esclava ardiente. Una tarde les

encontró lady Elena muy juntos, casi besándose, la llama de la pasión en los ojos. Las dos mujeres se miraron frente a frente. La rusa, tranquilamente, despidióse de Burke y, ya cerca de la escalera, le dijo con toda intención:

—Mañana te espero en el Hotel Strathmore... Tengo que decirte algo importante.

Burke estaba molesto, temiendo el natural reproche de su esposa. Cuando Vonja hubo salido, Elena, celosa, preguntó:

—¿No te parece que me debes una explicación?

—Tú tienes la culpa... Apenas estás en casa para recibir a nadie...

—Y te aprovechas de la libertad...

—¡Bah! Tú no me tienes ningún aprecio, excepto el que sientes hacia mí por servirte de peldaño para el logro de tus ambiciones.

—¿Quieres el divorcio?—preguntó ella con cierto cinismo—. Pues no, querido. No me divorciaré de ti... hazlo lo que hiciere...

Y volviéndole desdefiosamente la espalda, ordenó a un criado:

—Mande preparar el *auto*.

Poco después, Elena llegaba al despacho oficial de sir Guillermo. Aunque no sentía el menor aprecio por su esposo, no quería perderlo, porque algo le tocaría a ella de la gloria del marido.

Desconsolada, explicó lo que ocurría, al tío:

—Mañana por la tarde van a encontrarse en el Hotel Strathmore y tengo miedo de que Burke se escape con ella...

El Presidente meditó unos instantes, al cabo de los cuales dijo:

—No te apures. Creo que he encontrado un medio para resolver este pequeño conflicto.

A la mañana siguiente, en el despacho del Secretario de Gobernación, uno de los altos funcionarios presentó a la firma de Burke varios documentos.

—Señor, el Primer Ministro desea que firme usted estas órdenes de expulsión de quince extranjeros sospechosos.



Una tarde les encontró lady Elena muy juntos, casi besándose...

Burke hojeó los papeles fijándose en el nombre de uno de los desterrados.

—¿Quién es esa princesa Ralakov? No sé una palabra de su caso.

—El Primer Ministro ha examinado personalmente este expediente y aprueba su expulsión del país.

—Bien. Si él lo manda...

Y firmó tranquilamente, sin saber que la princesa Ralakov no era otra que Vonja, su buena y encantadora amiga.

Aquella tarde, temprano, en el hotel Strathmore, dos policías se presentaban en la habitación de Vonja Demetrieff y le preguntaron:

—¿Era usted conocida en Rusia bajo el nombre de princesa Ralakov?

—Sí...

—Pues tiene usted que abandonar el país inmediatamente... Orden del Gobierno.

—¡Yo!... No es posible... Aquí debe haberse producido algún error...

—Ninguno. Lea usted.

Y Vonja leyó el documento de expulsión, firmado por Burke Hammond. ¡Ah, miserable! ¡De qué modo tan bajo la traicionaba! Pero le alcanzaría su venganza, aunque se escondiese en el fondo de la tierra.

Una hora más tarde, en el despacho de la Presidencia, conversaban el Primer Ministro y Burke, ajeno éste por completo a la maniobra contra la rusa.

—Le he llamado para hablarle de su porvenir político...

Entró lady Elena, con la alegría de que estuviera ya expulsada su rival.

—Elena, en este momento iba a decirle a Burke que S. M. está dispuesto a nombrarle Virrey de la India.

—¿A mí?...

—Sí, debe tenerlo usted todo preparado para ir inmediatamente a hacerse cargo de su nuevo puesto.

Lady Elena estaba radiante. ¡Oh! Sus ambiciones se convertían en realidad.

Sonó el timbre del teléfono. Llamaban a Burke. Este cogió el auricular y escuchó unas palabras que le hicieron palidecer:

—Habla el administrador del Strathmore. La señorita Dimitrieff acaba de salir para Francia. Me encargó que le dijese que siente mucho no poder verle esta tarde.

Burke quedó sorprendido ante esa repentina ausencia que no comprendía. ¡En fin!... Dejó el aparato, y, dispuesto a olvidar a la rusa, exclamó:

—Cuando usted quiera, sir Guillermo, marcharé a la India...

Pasó algún tiempo. Burke fué proclamado Virrey de la India. Le acompañaban, en Calcuta, su esposa y Godofredo, nombrado secretario, que era el *flirt* constante de lady Elena.

Un día celebrábase una gran parada, desfilando millares de guerreros indios ante el Virrey. Una mujer, acercándose a la tribuna oficial y sin que nadie pudiera evitarlo, disparó un tiro contra Burke, con tan escasa puntería que la bala tocó a Godofredo, que quedó muerto en el acto.

Prodújose una enorme confusión. La mujer quiso huir, pero la policía la detuvo. Nadie se explicaba las causas del brutal crimen. Lady Elena sollozaba ante el cadáver del joven.

Burke mandó que el asesino fuera llevado a su presencia. El Virrey no comprendía qué motivos habían armado la mano criminal.

Una mujer entró en el despacho de Burke.

—¡Vonia!—exclamó horrorizado el joven.—
¡Usted! ¿Qué es eso?

Ella le miraba desafiadora, desdeñosa.

—¡Aquella bala iba dirigida a usted!

—¿A mí?... Pero, Vonia, ¡esto es imposible! ¿Usted sabe lo que ha hecho? ¡Qué locura! ¿Por qué ha disparado?

—¿Por qué?... ¡Porque usted me mandó a una muerte horrible en un presidio ruso!

—¡Yo! Usted delira, Vonia. ¿No recuerda mi afecto por usted? Pues entonces...

—Supongo—siguió ella con terrible sangre fría—que no habrá olvidado que fué usted quien deportó de Inglaterra a la princesa Ralakoff.

—¡No sé nada! ¡No sé una palabra de su caso, se lo aseguro!—decía Burke.

—Haga memoria. Usted fué quien firmó la orden de deportación de la princesa Ralakoff.

Ante los ojos de Burke apareció el pasado como una baja maniobra.

—Ahora me acuerdo—dijo el Virrey, adivinando toda la verdad,—pero estoy seguro que usted no querrá creerme si le digo lo que ocurrió.

—¿Para qué va usted a mentir?... Vine a matarle... Y el destino quiso que sacrificara a su amigo. Pero yo no le perdonaré nunca mis terribles días en Moscou...

Una gran compasión llenaba el alma de Burke hacia la aventurera. El fué la mano inconsciente de aquella expulsión.

—Voy a recomendar clemencia a los jueces—añadió.

—¡Clemencia! ¿De usted? Usted no conoce lo que es clemencia, ni amor, ni felicidad...

Y entonces, Burke, desesperado, viendo su vida de muñeco, sirviendo de juguete al afán ambicioso de su mujer, sin cariño, sin ningún verdadero amor, exclamó:

—Creo que no habría perdido mucho si aquella bala hubiera acertado...

* * *

La terrible tensión nerviosa de que se hallaba poseído, despertó a Burke, y el profesor Fernaro, mirándole fijamente, le dijo:

—Hasta ahora he presentado ante sus ojos lo que será su vida si se casa con Elena; ahora va usted a ver lo que le ocurrirá si se casa con Rita.

Y con el poder de su fascinadora mirada, le sumió de nuevo en un sueño, durante el cual vió un nuevo porvenir.

Burke y su novia, casados en Nueva York, regresaban a Makalita después de una dulce luna de miel.

Pero durante su ausencia y la del capitán Pring, el piloto Jim McLeon había hecho cuanto le vino en gana. Sublevaba los instintos de los tripulantes azuzándolos contra el capitán. Quería apoderarse del mando del buque, enviar al diablo al viejo Pring.

Cuando llegaron los recién casados a la isla, después de haber recibido ricos presentes de los indígenas, Jim visitó al capitán.

—Capitán, me alegro de verle de vuelta. ¿Cómo está Rita?...—dijo, ignorando el casamiento de la muchacha.

—Está ahí cerca con Burke Hammond... Se casaron en Nueva York.

Inmenso furor encendió su sangre. ¿De modo que el intruso se había salido con la suya?...

Burke y su esposa estaban ante la puerta de una casita cercana, proyectando viajes por las islas. Vivían aislados del mundo, sin otra emoción que la de su propio amor. Jim llegó a ellos con una sonrisa burlona. Burke, queriendo evitar cuestiones, le tendió la mano, que el otro no tomó, y que con aire de provocación y como un insulto, le dijo:

—Ya le advertí una vez que Rita ha de ser mi novia y no estoy dispuesto a cedérsela a nadie...

La contestación de Burke fué un formidable puñetazo que derribó por un terraplén a Jim McLeon.

—Ese hombre quiere amargarnos la vida, Rita, pero yo le escarmentaré...

Jim, furioso por la ofensa, se encaramó de nuevo, y con una navaja dispúose a caer sobre Burke, pero el viejo y fiel Botsu, que vigilaba sus pasos, le salió al encuentro, y, amenazándole con un revólver, le obligó a retroceder, impidiendo que realizara su venganza.

Proyectando algo terrible, el piloto regresó al buque que a poco salió del puerto para recalar en una escondida ensenada al otro lado de la isla, donde debía sacarse la carga de un almacén y embarcarla a bordo.

—¡Compañeros—dijo a los tripulantes—, ha llegado el momento de acabar con la tiranía de Pring!

Se acercaron a Botsu que manejaba el timón y lo ataron fuertemente con unas gruesas cuerdas.

—Ahora, vamos por el abuelo...

Y cuando Pring, ajeno a la infame traición, salió de su camarote, aquellos rudos hombres de mar lo amarraron con fuertes ligaduras.

—¿Qué significa esto?—protestó—. ¿Cómo os atrevéis, miserables?

—¡Viejo pellejo, esto quiere decir que aquí no hay más capitán que yo!—contestó Jim con aire cínico.

—¡Ah, traidor!

—¿Es que se creía usted que me iba a quedar tan fresco después de haberle vendido su hija a Burke?

—Todavía no has vencido...

—Ahora me las pagará usted todas. Coge esa lancha—ordenó a uno de los hombres—y vete a decirle a Rita que su padre está herido... que se está muriendo... y que quiere hablarle.

—Voy volando...

—Y a ver si ella nos trae también a Burke... ¡Nos la pagará!

Mientras el marinero iba a comunicar a Rita la falsa noticia, el capitán y su fiel Botsu eran transportados a la isla donde debían cargar el género.

Rita, alarmada ante la gravedad de su padre, marchó al barco acompañada de Burke. Ella fué la primera en subir a cubierta, y uno de los marineros le dijo:

—Venga usted, señorita, su padre está en su camarote...

Entró deseando abrazar al capitán, cuando varios hombres, convenientemente ocultos en la estancia, la ataron fuertemente, imposibilitando todos sus movimientos.

Mientras tanto, subía por la escalerilla Burke, y al llegar a cubierta, a una señal de Jim, cayeron sobre él todos los tripulantes; y colocándole un saco en la cabeza, le ataron, echándolo luego al mar.

—¡A podrirte en el agua, miserable! ¡No se puede jugar con Jim McLeon!... Y ahora, a la isla...

Rita estaba desolada. En vano pretendió desligarse de sus ataduras. Jim reía, procurando acariciarla:

—No se canse usted, porque está en mi poder... Burke ya no existe. Se lo tragó el mar... Va usted a ser mía... mía...

Cuando llegaron a la isla, Jim, desatando a la muchacha y cogiéndola en brazos, la presentó ante el viejo Pring, a quien dijo:

—Recuerde que le advertí un día que su hija sería mi mujer... Este momento ha llegado...

—¡No! ¡Todavía no he muerto!—contestó el capitán, procurando desasirse de las cuerdas.

—Vea usted a su hija por última vez... Va a ser mía de grado o por fuerza...

Y cogiéndola brutalmente, se alejó de allí, dominando con su grito brutal los lamentos enteneceadores de la muchacha.

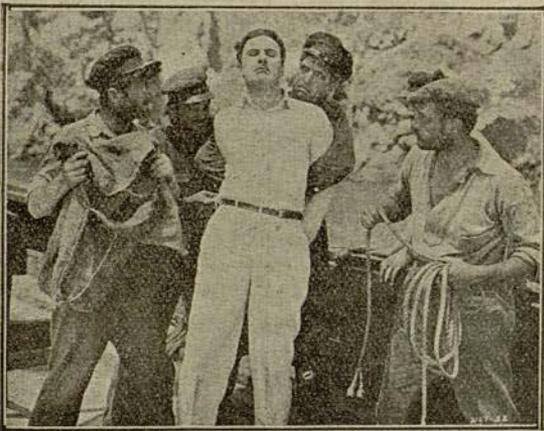
—Mía... vas a ser mía. ¡Toda mi vida te he soñado!...

Pero la Providencia no olvidaba a los débiles. Burke, hábil nadador, consiguió llegar a la isla, y librándose de las ataduras, vió cómo pasaba cerca de él Jim Mc Leon con Rita en sus brazos. Fué cuestión de un momento; no vaciló más... Por Rita hubiera él dado la vida, todo... Y cayó con el temblor del odio sobre Jim, obligándole a abandonar a la mujer.

Entre tanto, el viejo Pring pudo aflojar sus ligaduras, y viéndose libre cogió un grueso bastón, y entrando en el almacén cercano comenzó a repartir, a diestro y siniestro, terribles golpes sobre

los hombres de su buque, que huyeron ante aquella avalancha de palos.

La lucha entre Burke y Jim se había convertido en algo salvaje en que los dientes rechinaban y las palabras hablaban de muerte. Salieron a relucir armas, Jim empuñó su navaja, pero se la arrancó de las manos la presteza de Burke. Triunfaba el esposo de Rita... Tenía ya en tierra a su rival,



Y al llegar a cubierta, a una señal de Jim cayeron sobre él todos los tripulantes.

cuando uno de los tripulantes que huía de la persecución de que era objeto por parte de Pring, viendo lo que ocurría, apuntó con su revólver, y con gran precisión, disparó casi a quemarropa sobre Burke...

Un grito hizo saltar a Burke del sillón... ¡Demonio!... Le parecía que no era un sueño, sino que efectivamente le habían pegado un tiro... Estaba sofocado, jadeante, como si hubiera sostenido una lucha verdadera... El profesor abrió los ojos, extáticos, brillantes...

—Pero ¿me mata él a mí?—preguntó Burke.

—No puedo decirselo...—contestó Fernaro—. Con su grito me ha cortado usted la inspiración...

Burke meditaba lo que había soñado... Bueno... su futuro era bastante complicado en los dos casos... Lady Elena era, al parecer, una orgullosa... y en cambio, Rita, un buen corazón, una esposa ideal... ¡Pero estaba tan lejos!

Godofredo había pasado ante la casa del profesor, y al ver a Elena esperando en el automóvil, acercóse a saludarla.

—Hace una hora que Burke está ahí arriba... Entre a ver si se ha dormido, o qué le ha sucedido...

—Voy al momento...

Entró en la casa; en la sala aguardaban, todavía, el capitán Pring, sumido en profundo sueño, y su hija Rita. ¡Oh! Era necesario avisar cuanto antes a Burke.

Pero la puerta se abrió y apareció Burke que, con la mayor sorpresa, encontró a Rita y a su padre. El capitán despertó a los gritos del muchacho.

—Rita... Rita... ¿tú aquí?...

—¡Vengo por tí!... ¿Por qué te marchaste?... ¿Es que ya no me quieres?

—Te quiero, Rita, te quiero... Perdóneme... señor Pring... pero yo hubiera ido otra vez por su hija.

Godofredo contemplaba satisfecho la escena de amor... Elena quedaba libre y acaso, entonces, pudiera él alimentar de nuevo alguna esperanza...

—Godofredo—le dijo Burke—, ¿ama usted verdaderamente a Elena?

—Usted no puede figurarse...

—Pues si la ama, vaya con ella y conquistela...

—Gracias... muchas gracias... Me ha salvado usted la vida—repuso el joven, emocionado.

Y sonriente, recordando el trágico fin que en el sueño le había tocado a Godofredo, le contestó Burke:

—Tal vez, si usted supiese lo que yo sé, se daría cuenta de que efectivamente le he salvado la vida...

Marchó el muchacho, entusiasmado... Y quedó Burke con Rita y el capitán:

—Capitán, ¿da usted su consentimiento a nuestro matrimonio?

—Ya ve usted que sí—respondió el marino, ajustándose el inseparable monóculo.

Y mientras, en su despacho, el profesor Fernaro seguía estudiando las leyes que rigen el futuro de los hombres, Rita y Burke se miraban con el poder de un anhelo amoroso...

FIN

Prohibida la reproducción.

Revisado por la censura gubernativa

PRÓXIMO NÚMERO:

La maravillosa novela de asunto real:

La Mujer del Centauro

Intérpretes:

AILEEN PRINGLE, ELEANOR
BOARDMAN, JOHN GILBERT; etc.

—
Producción
Metro-Goldwyn

—
Numerosas ilustraciones fotográficas
32 páginas

—
Postal-fotografía-regalo:
DAVID POWELL

—
LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA
sale todos los miércoles - Precio: 25 cts.

8. 1926/8

Su revista predilecta será ???

editada por

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

¿Ha comprado usted ya los últimos
grandes éxitos de
Los Grandes Films
de LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Madame Sans-Gêne

y

AMERICA?

64 páginas - Numerosos clixés - Portada a bicolor - 50 cts. - ¡Siempre lo mejor!

Próximo número :

Cuando las mujeres aman

(del C I E C)